

Importancia del periodismo alternativo en el análisis de la economía cubana actual

Ernesto Pérez Chang

Fue a finales de los años 80, mientras languidecía el comunismo en Europa del Este y Cuba se adentraba en la peor de las crisis internas del período revolucionario, que un grupo de intelectuales disidentes elaboró un informe sobre la verdadera situación de la industria azucarera en la isla.

El gobierno cubano se preparaba para los efectos de la desaparición del campo socialista, en medio de la costosísima retirada de las tropas de Angola y el antojo de celebrar unos inoportunos juegos panamericanos.

Desesperada, la dirigencia de la isla ensayó varios remedios, algunos de los cuales derivaron en situaciones “tóxicas” como las ventiladas en la Causa no. 1 del 89 donde se revelaron las conexiones de altos oficiales del Ministerio del Interior y las Fuerzas Armadas con el narcotráfico en la región, se establecieron numerosas empresas *off shore*, fundamentalmente en Panamá, y se comenzaron a trazar estrategias para atraer a empresarios extranjeros que participarían como inyectores de capital en el sistema financiero centralizado de las empresas estatales, entre ellas las relacionadas con la producción azucarera.

Mientras el gobierno insistía en que el azúcar era una apuesta segura para cualquiera e incluso preparaba, posiblemente de manera engañosa, la firma de acuerdos con empresarios españoles, un grupo de estudiosos, que en ocasiones ejercía el periodismo de manera independiente, redactaba un informe que demostraba con cifras todo lo contrario.

Las fuentes de información de aquel trabajo, si no recuerdo mal, elaborado por algunos integrantes del grupo disidente denominado Criterio Alternativo –lo que llevó a la cárcel a algunos y más tarde obligó a exiliarse a otros–, no fueron documentos secretos ni revelaciones anónimas de altos funcionarios sino, tan solo el análisis comparativo de los datos publicados en la prensa oficialista, fundamentalmente aquellos recogidos a diario en una pequeñísima columna

titulada “La Zafra”, del rotativo Granma a la que casi nadie, ni siquiera el propio gobierno, le daba importancia porque apenas rebasaba los cien caracteres.

Pocos años después el propio gobierno cubano no solo desapareció aquella columna sino que reconoció que la industria azucarera, tal como estaba concebida en aquel entonces, estaba reportando más pérdidas que ganancias, no obstante, nadie, desde el oficialismo, hizo referencias a aquel informe investigativo, acucioso, que fuera elaborado por “inexpertos” tras horas, tal vez meses, de indagaciones y comparaciones, en momentos en que este tipo de trabajo se realizaba sin el auxilio de computadoras y sobre todo, bajo el peligro de ser acusados de “periodistas independientes”, algo que en el contexto policial cubano y bajo sus leyes continúa siendo muy similar al “espionaje”.

Mucho más cercano en el tiempo, tenemos un ejemplo de lo que pueden aportar al análisis de la economía cubana la observación y las indagaciones periodísticas de la prensa independiente, en medio de una sociedad restrictiva donde la información que se genera desde las fuentes oficialistas pudiera estar manipulada en beneficio del discurso político ideológico y, en consecuencia, no son del todo confiables.

Aun cuando los principales y más influyentes medios de prensa internacionales sostenían que la crisis venezolana no estaba afectando el envío de hidrocarburos a Cuba, guiados fundamentalmente por los datos satelitales sobre el tráfico marítimo de cisternas entre Caracas y La Habana, incluso por las estadísticas públicas aportadas por PDVSA, la prensa independiente cubana venía señalando por medios de reportajes y notas informativas, desde meses atrás, el descenso drástico de las importaciones, el incumplimiento de los compromisos de entrega a las refinerías pertenecientes a Petrocaribe y el estallido de la crisis de los combustibles que hoy todos conocemos y que el propio gobierno cubano ha debido reconocer públicamente.

Si bien estos dos ejemplos llaman la atención sobre la necesidad de tener en cuenta a la prensa independiente o alternativa en el análisis de la economía cubana actual, también señalan una carencia en nuestros medios de prensa desvinculados del oficialismo.

Si por una parte existe un periodismo en potencia capaz de aportar información indispensable, fresca, no manipulada a los estudios sobre economía, por la otra, tenemos una actividad periodística desorganizada, hasta el momento incapaz de articularse en grupos de investigación y de intercambio de información que conduzcan a la producción de trabajos de altos estándares que puedan servir de fuente para los estudios sobre economía cubana que se realizan dentro y fuera de Cuba por grupos de especialistas no vinculados al gobierno.

El periodismo y el análisis independientes, hechos a la usanza de los años 60, 70 y 80, cuando la clandestinidad y el ejercicio de barricada más que una necesidad eran lo único posible ante la magnitud de la represión política, en el periodismo de hoy, realizado bajo menos presiones que años atrás, se convierten en un obstáculo para alcanzar la credibilidad y para generar información útil para los expertos.

Tengamos en cuenta que la situación cubana obliga a invertir la ecuación.

La excesiva independencia periodística, traducida en un desempeño exclusivamente individual, intuitivo, azaroso, acomodado, más el ritmo vertiginoso del trabajo en las redacciones, enfocado más en la noticia de impacto fugaz o en el trabajo de opinión que toma como referencia única el discurso oficial, ha impedido el desarrollo de un periodismo de investigación y de datos, tan necesario para que tanto fuera como dentro de Cuba las personas puedan comprender lo que está sucediendo en una realidad que, debemos reconocer, no tiene comparación con ninguna otra en el contexto internacional del presente y que, por tanto, evade los pronósticos.

Sin embargo, aun a pesar de las carencias y limitaciones, el ejercicio periodístico alternativo resulta una herramienta indispensable para colocar en una perspectiva mucho más cercana a la realidad, ese caudal de estadísticas que se genera diariamente y que, analizadas sin comprender en profundidad los fenómenos que, al interior de la sociedad cubana, tipifican nuestro contexto económico, pueden arrojar resultados, conclusiones, estrategias totalmente errados, fallidos, incluso dañinos.

Un ejemplo de lo que afirmo pudiera ser el injustificado entusiasmo sobre lo que es y llegará a convertirse el cuentapropismo en Cuba en los próximos años. Una

perspectiva de futuro, demasiado ingenua, que más temprano que tarde mostrará sus múltiples grietas.

Si por una parte las políticas de Barack Obama hacia Cuba tuvieron innumerables aristas positivas, por la otra, hacen evidente que, al menos en cuanto al sector privado, desconocían las verdaderas relaciones de dependencia no solo entre los mal llamados “emprendedores” y el Estado, en especial con el mercado negro que se sustenta en una paradoja: la “artificial” y “necesaria” ineficiencia de la empresa estatal socialista pero, además, en el mantenimiento de un *status quo* que solo producirá cambios políticos fuera de la isla.

Si no se comprende que el relativo éxito actual de los emprendedores depende en gran medida de la existencia de la empresa estatal socialista (un elemento que muy pocos, ya no en el gobierno sino además en el cuentapropismo, quisieran eliminar de la fórmula), de la perpetuidad de una crisis y de un flujo de inversiones que proviene casi en su totalidad del exterior, sin que el sistema bancario nacional juegue otro papel que no sea el de emitir una moneda sin valor y cuidarse de los riesgos, no se podrá avizorar que las cifras millonarias sobre las ganancias anuales no son más que una verdadera cortina de humo.

Numerosos artículos periodísticos publicados en la prensa independiente en los últimos meses, convidan a hacernos varias preguntas que apenas suelen ser respondidas en los estudios sobre la economía cubana, tanto dentro como fuera de la isla.

En un trabajo reciente, publicado en Cubanet, he tratado de hallar una respuesta a una de las miles de interrogantes que cada día surgen en la prensa, sobre todo a raíz de aquellas noticias más exaltadas sobre la bonanza económica cubana. Hay una cuestión que necesita de un análisis urgente por parte de todos nosotros, los más interesados en saber lo que realmente está sucediendo en Cuba.

Hay dos preguntas que se imponen: ¿Quiénes se están enriqueciendo en Cuba?, y ¿a dónde está yendo a parar ese dinero? Son dos misterios a los que no pueden responder con exactitud ninguna de las estadísticas ofrecidas hasta el momento, basadas en las noticias y en la observación *in situ* pero trivial, más

que en los datos y en la experiencia reales sobre el crecimiento del llamado “sector cuentapropista”.

A todas luces existe un auge de los emprendedores cubanos. Incluso ya se habla en algunos grupos de economistas sobre ganancias anuales que se acercan o superan los 1000 millones de dólares tan solo en el sector gastronómico (paladares, bares, centros nocturnos), así como de cifras similares para negocios relacionados con la estética corporal (salones de belleza, barberías, etcétera) más la renta de habitaciones a extranjeros. La tríada de oro del cuentapropismo cubano.

Pareciera que Cuba comienza a enrumbar hacia un “camino correcto” por vez primera en su existencia como nación comunista y que esa prosperidad del individuo, en apariencias independizado de la sociedad prohibitiva donde vive, finalmente habrá de lograr dar al traste con el viejo sistema e instaurar un nuevo orden político, en resonancia con la actualidad.

Pero nada más alejado de la realidad. Ninguna de las cifras ofrecidas por los analistas puede decir nada objetivo, bien aterrizado, sobre lo que sucede ahora, en este momento, y mucho menos sobre lo que habrá de suceder en los próximos cinco o diez años.

Decir que el sector gastronómico independiente está generando ganancias anuales considerables y ejemplarizar esa prosperidad con un listado de negocios cada día en aumento, sin analizar los verdaderos fenómenos que no solo están ocurriendo alrededor de esa “bonanza” sino que la generan e impulsan, solo alcanza a distraer la atención sobre lo que está ocurriendo y que, en corto plazo, puede hacer que toda la estructura se derrumbe como un castillo de naipes.

¿Quiénes están disfrutando de los beneficios de esos cerca de 2000 millones de dólares anuales que se le calcula tan solo a las, llamémosles, “tres puntas de lanza” de los emprendedores cubanos?

A muchos conviene responder que son los propios cubanos. Al gobierno de la isla, por ejemplo, porque, entre otras cosas, eso lo ayuda a reforzar la imagen de cambio que desea proyectar hacia el exterior; a los principales protagonistas de ese sector privado incipiente, porque es lo que se espera de ellos, al menos

discursivamente, en algunos ambientes de las políticas interna y externa donde son observados como un todo y no como realmente son, es decir, un sector heterogéneo, profundo y muy pero muy difícil de sondear por las relaciones que guardan con la economía subterránea, el capital exterior, el tráfico de influencias dentro del aparato estatal, más un largo etcétera que haría colocar grandes comillas a las palabras “independiente”, “emprendedor” y “cuentapropista”.

Inmediata a las cifras que sirven a algunos analistas para demostrar que el “movimiento” de los emprendedores cubanos es exitoso, prometedor y generador de cambios en potencia, debiera pegarse una extensa retahíla de preguntas y dudas sobre todo que indaguen por quiénes son los dueños de esos negocios, de dónde provino el capital inicial, de cuánto fue la cifra y en qué tiempo fue amortizada, a cuánto asciende la ganancia real y cuánto es la ganancia declarada, qué relaciones guardan los dueños de estos negocios con el sector estatal y si realmente conviene, tanto a algunas facciones del gobierno como a la mayoría de aquellos, la existencia de un mercado desregulado, mayorista e incluso la libre importación de mercancías, así como el reconocimiento de una personalidad jurídica y la integración, sin mediación de instituciones estatales, a mecanismos internacionales de comercio y de ayuda para el desarrollo.

Pongamos como ejemplo un exitoso centro nocturno de la Habana Vieja, que pudiera ser modelo de otra decena de sitios similares en la capital. Este establecimiento genera diariamente unos 5 mil dólares (hablo de CUC, que al cambio es casi similar al USD).

Incluso en las jornadas más desastrosas (días lluviosos, dificultades con la oferta o los servicios, baja afluencia de turistas), la ganancia neta nunca ha sido inferior a los 3 mil dólares.

Sin embargo, el “administrador”, que figura como beneficiario de la licencia otorgada por la Oficina Nacional de Administración Tributaria (ONAT), apenas recibe unos 500 dólares diarios (una verdadera fortuna en Cuba) ya que, de los 5 mil que tiene como plan regular, la mitad debe llegar, todos los días, religiosamente, sin mediación del banco nacional, a las manos del verdadero dueño del club nocturno, un cubano residente aquí en los Estados Unidos, quien

invirtió unos 150 mil dólares en la ejecución de este proyecto, así como ha invertido en otras empresas análogas que existen en la isla.

Del dinero que ha generado el establecimiento del que hablamos, solo ha quedado en Cuba una mínima parte y, tengamos en cuenta, no toda ha ido a parar a las arcas del Estado, o al menos no a aquella “parte más transparente” de tal agujero negro.

Me explica un amigo, ex funcionario de la ONAT y actualmente “tenedor de libros” por cuenta propia, que la inmensa mayoría de los negocios particulares que generan grandes ganancias no las declaran. Se llega a un arreglo entre funcionarios corruptos de las instituciones impositivas y los “licenciatarios” (imposible hablar de “dueños”, debido a que casi la totalidad son mediadores que desempeñan el papel de propietarios), y este acuerdo “por la izquierda” se realiza regularmente a través de intermediarios que casi siempre son los propios “tenedores de libros”, antiguos fiscales de la ONAT o familiarizados con esta, expertos en el entramado legal y, por tanto, en cómo burlarlo exitosamente.

Mientras el capital fluye hacia el exterior, quizás, como he dicho en reiteradas ocasiones, hasta generando cambios fuera de Cuba, solo una parte muy mínima de las ganancias se traduce en beneficio directo para el ciudadano común y, por tanto, jamás surgirán clases sociales diferentes a las ya establecidas por el grado de cercanía al poder político.

Apenas unos 2 mil dólares mensuales invierte el administrador del club nocturno mencionado líneas atrás en el pago del salario a sus trabajadores.

Al grueso de los productos que integran el menú gastronómico tampoco dedica demasiado este gerente emprendedor cubano, puesto que adquiere la mayoría en el mercado negro (fuertemente conectado a la empresa estatal socialista), con lo cual nunca se le ha creado la necesidad de la existencia de un almacén mayorista estatal porque, como él mismo afirma, este ha existido siempre en el mercado negro.

El total de las inversiones en los negocios “privados” que actualmente existen en Cuba ha llegado desde el exterior y, por tanto, no será en la isla que termine la mayor parte de las ganancias generadas. En principio, porque el sistema

bancario cubano no fue diseñado para funcionar como tal y, en consecuencia, existe poca confianza en él, pero, además, porque lo que apreciamos como fenómeno a través de cifras, en cuanto al movimiento de los emprendedores en la isla, es solo la parte visible de un iceberg que contiene en su masa gigantesca cientos de anomalías económicas, sociales, políticas donde se ocultan desde esquemas fraudulentos que afectan a más de una nación y hasta mucho de aventurerismo del malo, es decir, del que gusta que las cosas se mantengan tal cual por los siglos de los siglos.

Este tema de los emprendedores cubanos, un término que puede conducir a interpretaciones equivocadas porque no se ajusta a la realidad, es quizás el que genere los más importantes desafíos para los estudios sobre la economía cubana actual y, por tanto, para un periodismo alternativo que pretenda escapar del facilismo de integrarse a una misma corriente de opinión, manipulada no solo desde el poder político cubano sino, lo más preocupante, desde los variopintos intereses de sectores económicos y políticos dentro de los Estados Unidos y la Comunidad Europea.

Si importante son los estudios alternativos, realizados desde la imparcialidad y la honestidad, sobre la economía cubana, igual de imprescindible es la transformación o el reajuste del periodismo alternativo que se realiza hoy en Cuba para convertirse en una fuente que genere información valiosa basada en la búsqueda y el análisis de datos.

Para ello, en nuestras redacciones, deben crearse, con urgencia, grupos de investigación, integrados por periodistas enfocados no tanto en generar noticias para el día a día (de eso bien se pueden encargar, y mejor que cualquiera de nosotros, la agencias de noticias acreditadas en el país) como sí investigaciones a fondo sobre esa Cuba económica, social, política, oscura, profunda pero sondeable. Grupos de trabajo capaces de aportar elementos para intentar hallar respuesta a ese cúmulo de interrogantes sobre la realidad cubana que se genera a diario y que, en contraste con las estadísticas proporcionadas por las fuentes oficiales y los análisis derivados de lo que ocurre en la superficie de los fenómenos, parecieran dar cuenta de otro país, de una nación esquizoide, de dos mundos paralelos, de dos Cubas: una, la que pareciera salir adelante cuando se habla de emprendedores, turismo, planes de desarrollo para el 2030,

comercio con los Estados Unidos, y otra Cuba, donde aún el 90 por ciento de la población debe enfrentar la vida con menos de un dólar diario en el bolsillo y cuyo mayor emprendimiento es el camino de la emigración, la ilegalidad o el oportunismo político.